notas de arte

Juan Ramírez de Lucas.

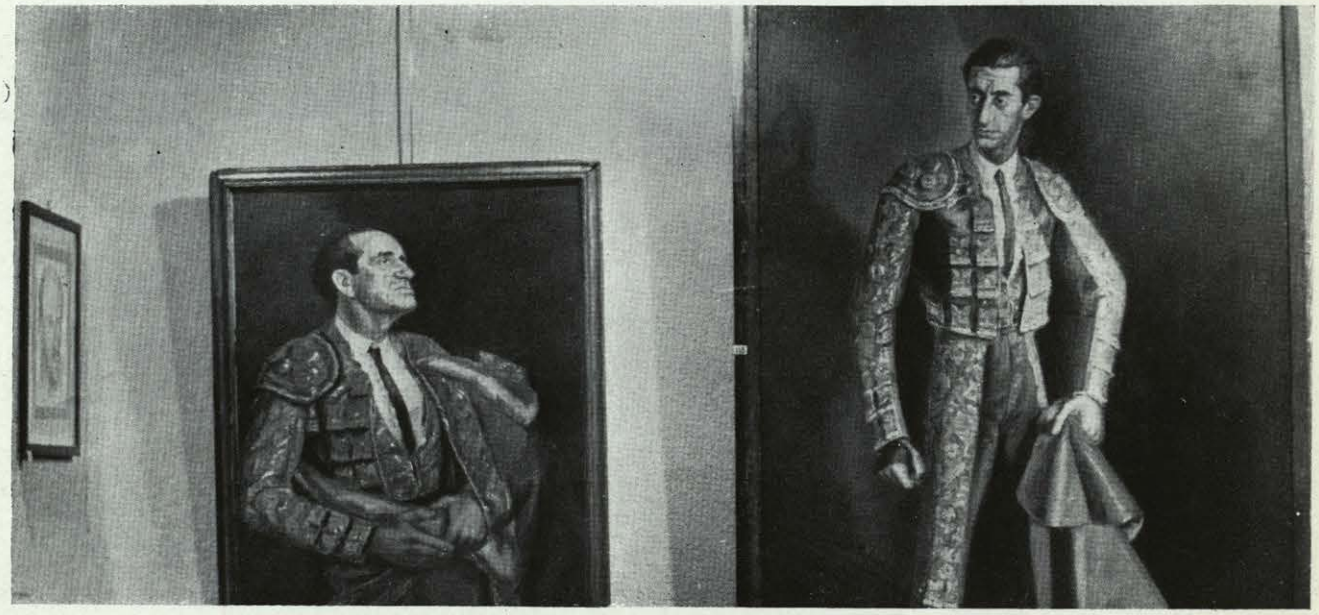
Ochenta años del pintor Daniel Vázquez Díaz

Sólo algunos gitanos que chalanean por todas las ferias y todos los caminos, que saben de todas las hambres y de todas las marrullerías de la vida, tienen una vitalidad parecida a la de este enjuto Vázquez Díaz, pintor infatigable, conversador sin pausa.

Ochenta años en la actualidad no son excesivos, teniendo en cuenta los progresos de la dietética y de la bioquímica. Pero ochenta años cumplidos en plena forma de facultades, era una marca que hasta la fecha sólo había batido y rebasado ese fenómeno que se llama Menéndez Pidal.

Vázquez Díaz también permanece igual a sí, laborioso y decidor, con una simpatía andaluza que no han podido quitarle sus estancias parisinas, su radicación de tantos años en Madrid. Testigo activo de muchos acontecimientos artísticos fundamentales para el arte actual, Vázquez Díaz se fué formando en las duras pruebas que el destino depara a los grandes creadores. Tuvo la clarividencia de saber distinguir y no dejarse llevar por corrientes momentáneas, aunque éstas fueran impetuosas como torrentes primaverales.

De un ascetismo desnudo de oropeles, la pintura de

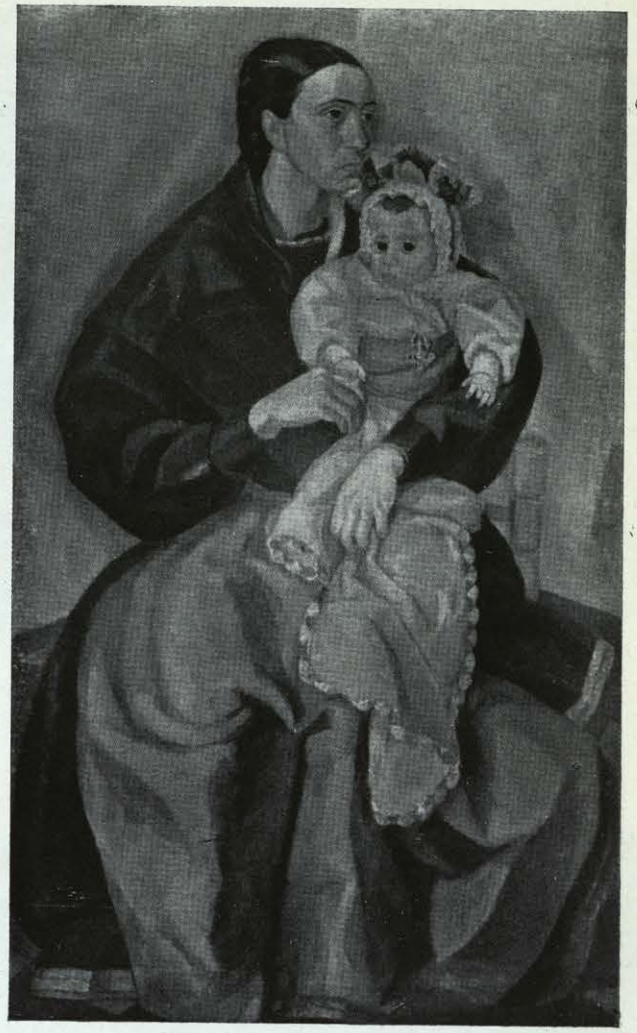


Vázquez Díaz es antiandaluza, por antibarroca. De la "quinta" de López Mezquita, de Salaverría, de Romero de Torres, de Roberto Domingo, de Néstor, de Beltrán Massés, Vázquez Díaz viene a ser en estas carnestolendas de las últimas consecuencias del impresionismo, el miércoles de ceniza, el gris sobre la carne y el sayal raído. Ayuno y abstinencia en el festín colorista, ahorro de materiales, contención.

Aunque no lo siguiese, algo del credo purificador del cubismo (de cuya génesis parisina Vázquez Díaz da fe notarial), quedó en su manera de entender la pintura. Particularmente en sus paisajes urbanos, la arquitectura está reducida a las aristas elementales preconizadas por los cubistas. Volúmenes blancos, destacados sobre el azul del cielo o del mar, sobre el gris verdoso y vegetal, superficies planas, paralelepípedos vistos desde el marco recortadamente lineal de una ventana.

Sólo en un tema acusa Vázquez Díaz su voluntaria filiación hispana pintoresca: en los retratos de toreros, a los que él da una seriedad transcendente de guerreros. Campeadores de la muerte habría que llamar a estos héroes taurómacos pintados por Vázquez Díaz.

Muchos años de trabajo fecundo, muchos años de entrega a una única pasión: la Pintura. Ochenta cumplidos del joven Vázquez Díaz.



Juan March, el "Nobel" español

En el transcurso de muy pocas semanas, fallecieron en Madrid tres de los más considerables financieros españoles, de esos cuyas fortunas son unas cifras con tantos ceros detrás que hace muy difícil poderlas leer a primera vista. De los tres, sólo uno de ellos ha producido conmoción popular, tanto nacional como internacional. Y no fué porque se tratase del que poseía mayor número de caudales, sino porque su nombre se había unido desde hace algunos años a una empresa cultural sin precedentes en nuestra patria.

Juan March, el "Nobel" español. No hay calificación más exacta, ni que pueda darnos con menos palabras definición precisa de lo que alcanzó a ser en los últimos años de su vida. Muy verdad es, que el mejor negocio (de los muchos y fabulosos que llevó a cabo en su dilatada peripecia humana) de Juan March, ha sido la Fundación de su propio nombre. Sin ella, su vida hubiese quedado como fantástica aventura, difícil de creer muchas veces, pero sin esa aura imperecedera con que se iluminan para la posteridad los filántropos.

¿Quién sabe hoy con certeza lo que Nobel inventó? Si hiciésemos la pregunta a gentes no cualificadas, es seguro que el 90 por 100 no sabría decirnos nada sobre la gelatina explosiva ni sobre la dinamita. Sin embargo, todos responderían: "Fundó unos premios mundiales". El nombre del químico sueco es conocido hoy más por su Fundación que por el de sus hallazgos en el terreno de la investigación.

Seguramente con Juan March pase otro tanto transcurridas algunas décadas y la gente de la calle ya lo ha intuído así, estableciendo el paralelismo entre el sabio nórdico y el hombre de empresa mallorquín. El hombre tiende por todos los medios a sobrevivir y si con la "Fundación Juan March" su recuerdo queda vivo en las generaciones futuras, es bien cierto que realizó el mejor de los negocios de todos.

Algunas gentes, mal pensadas en exceso, aseguran que los millonarios norteamericanos establecen tantas Fundaciones culturales y filantrópicas, porque con los millones empleados en ellas sustraen al Fisco más de lo que invierten; sin tener en cuenta, además, el renom-